

“

la pre-
apel:

cristo,
: «Las
Jesu-
da). —
irgini-
enun-
de las
farsa
6: Los
altar”.
de Je-
ya un
al”. —
el ma-
— 10:
en ri-
en ne-
ntos”
«Dios
— 13:
ristia-
acra-
— 15:
de la
logos
elas”.
agos,
— 23:

gran
ógma

BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS



Los apóstoles y sus concubinas

25
C.F.S.

La
Novela
Proleta-
ria

Esta in-
compa-
rable se-
rie lleva
publica-
dos los
números
siguien-
tes:




É
X
I
T
O

- Núm. 1.—«Sindicalista de acción», por Augusto Vivero.
 Num. 2.—«Una pedrada a la virgen», por José Antonio Balbontín.
 Núm. 3.—«Las Animas Benditas», por Eduardo Barriobero.
 Núm. 4.—«La caída del Dictador», por Angel Pestaña.
 Núm. 5.—«Mi dama y mi star», por Angel Samblancat.
 Núm. 6.—«¡Pero mató a un burgués!» por Carrasco.
 Núm. 7.—«Las calaveras de plomo», por Salvador Sediles.
 Núm. 8.—«El Confidente», por Eduardo de Guzmán.
 Núm. 9.—«A tiro limpio», por Augusto Vivero.
 Núm. 10.—«La Bomba», por Rodrigo Soriano.
 Núm. 11.—«Un ensayo revolucionario», por Mauro Bajatierra.
 Núm. 12.—«¿Dónde está Dios?», por César Falcón.
 Núm. 13.—«Infamias», por A. Jiménez.
 Núm. 14.—«La ley de fugas», por Emilio Mistral.
 Núm. 15.—«Abel mató a Cain», por Ramón Franco.
 Núm. 16.—«Un periodista», por Ramón Magre.
 Núm. 17.—«El enchufista», por A. Vivero.
 Núm. 18.—«Noche Roja», por R. Soriano.
 Núm. 19.—«Resignación, hermanos!», por Salvador Sediles.
 Núm. 20.—«El Agente confidencial», por César Falcón.
 Núm. 21.—«La guerra que viene», por Augusto Vivero.
 Núm. 22.—«Quo Vadis, burguesía?», por Hildegart.
 Núm. 23.—«La lucha del soldado rojo», E. Madarasz.
 Núm. 24.—«El traidor», por G. Nazarli.
 Núm. 26.—«El crimen de los Kulaks», por G. Madarasz.

**AUGUSTO
VIVERO**

Núm. 23



LOS APÓSTOLES Y SUS CONCUBINAS



BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS
EDICIONES LIBERTAD
ROMA, 41.-MADRID

Ayuntamiento de Madrid

ES PROPIEDAD

Imp. Campos — Pedro Heredia, r dupdo.—Madrid



Los Apóstoles y sus concubinas

Hasta que el sumo sacerdote Esdras volvió del cautiverio de Babilonia, el barbudo Jehová tenía que contentarse con su tosca residencia del volcánico Sinaí. Pero vino Esdras, comenzó a escribir la Biblia —“Obras Completas del Espíritu Santo”—; y Jehová encontróse de pronto, merced al Génesis, Creador y único propietario de la enorme caverna celeste, cuyo piso, a decir de todas las antiguas religiones, está formado por la Tierra.

Más hizo liberalmente Esdras con su recién creado Todopoderoso: darle por residencia oficial las formidables habitaciones encimadas sobre la sólida techumbre de nuestro mundo, y de la cual penden, como todos saben, Sol, Luna y estrellas (1).

Llevaría Dios como cinco siglos en el disfrute de

(1) Génesis, cap. 1, vers. 1, 6-8, 14-18.

sus nuevas posesiones, "cuando un día, sin su permiso, zas, se le apagaron el Sol, la Luna y las estrellas (2). Y aunque volvieron de seguida, por modo espontáneo, a su respetuoso acatamiento de la mecánica celeste, Jehová quedó muy preocupado.

—Si yo fuese astrólogo—pensaba—creería que ha muerto por ahí abajo una persona importante. Pero como la astrología constituye chusca estupidez, fuerza será ir imaginando alguna cosilla que impida a los charlatanes sus zafios apagones.

Y se puso a imaginarla, Empero, como Dios peca de cachazudo, estúvose buen golpe de decenios medita que medita, con la cabeza entre las manos y los codos sobre su mesa de ministro, sin poder hallar nada juicioso... Y así prosiguiera siglos y siglos si un día no se le introdujese un ángel, de sopetón, en el suntuoso despacho.

—Perdona, papaíto, que entre sin ser anunciado—habló en persa, deslizándose por la mullida alfombra—. ¿No escuchas ese alboroto?

Cierto. El altavoz del micrófono comunicante con la portería celeste poblaba el despacho de alaridos horribles. Mas el Eterno, absorto en sus meditaciones, no se había dado cuenta.

—¡Queremos entrar!—porfiaba una voz aguda—. Jesús afirmó que venía "a la casa de su Padre" con designio de prepararnos habitaciones (3). El nos ha hecho creer que las almas comen y beben, y que aquí

(2) Marcos, cap. XV, vers. 33; Mateo, cap. XXVII, vers. 45; etcétera.—(3) Juan, cap. XIV, vers. 2-3.

las nuestras comerían sentadas con él a una mesa (4).

—¿Y qué nos importa—replicaba el portero mayor—que creáis absurdos?

—Es que también—chilló un tiple—nos hizo la promesa de sentarnos en doce tronos “para juzgar a las doce tribus de Israel” (5).

—¿Que proferís, dementes?—repuso airado el portero mayor—. Las doce tribus son judías. Si sois cristianos, ¿qué demontres vais a juzgar a los judíos? Id a vuestro Cielo y entendéros las con los cristianos.

—El Cielo cristiano es el judío—clama el de antes.

—Pues aquí sólo manda Jehová, Dios único y sin prole de mujer. Ya es bastante que le hayáis robado los materiales de vuestra religión y persigáis a los que creen en él. ¡Ea, ea, con la música a otra parte!

Enarcando las cejas, el Altísimo atendió al pali-que. Ahora chillaban unas voces femeninas: —¡Queremos entrar! ¡Por algo somos las *agapetas* de los Apóstoles!

—Escucha, portero — siguió el que razonaba—. Cristo no supuso jamás que habría cristianos. Proclamó haber venido para cumplir la Ley y los Profetas (6). Nos ordenó acatar cuanto mandaran los escribas y fariseos (7). Cristo, ¿lo oyes?, fué judío a carta cabal. Y nosotros, igualmente. San Pablo se reconoció fariseo (8). Y todos los otros—después de matar los evangelistas a Jesús—íbamos en Jerusalem

(4) Lucas, cap. XXII, vers. 29-30.—(5) Mateo, cap. XIX, vers. 28.—(6) Id., cap. V, vers. 17.—(7) Id., cap. XXIII, 2.-3.º Véase nuestro “Cristo, no fué cristiano”.—(8) Hechos, cap. XXIII, vers. 6.

al templo y practicábamos escrupulosamente las obligaciones mosaicas (9). ¿Qué culpa tenemos de que se nos haya cristianizado a viva fuerza? Nadie puede repetir una sola palabra nuestra disconforme con el judaísmo. Nada queremos con los gentiles que hoy, bajo nombre de cristianos, combaten la Ley de Moisés, acatada por Cristo y nosotros.

—Bueno, bueno. Id a contárselo al Nuncio.

—No dudes, portero. Jesús nos prohibió entrar en las ciudades de los “perros” gentiles. Dispuso que asistiéramos por modo exclusivo a “las ovejas perdidas de la Casa de Israel” (10). Sólo Pablo se rió de Jesús y de lo que prohibía. Pero, ¿quién es Pablo? Un montón de apócrifas cartas inaguantables. Con todo, creyendo que las lucubraciones del intruso iban contra la ley mosaica, los verdaderos Apóstoles, nosotros, le hicimos cumplir en el Templo sus deberes de buen judío (11).

—Pedro, ¡que te voy a acusar otra vez!—dijo alguien con acritud.

—Pablo, ¡ya sabes que nunca te he podido tragar!

Alzóse fiero tumulto de voces. Jehová, echando chispas por el ojo de la Providencia, se volvió a su ángel. —¡Voto a mis celestiales barbas! ¿Me quieres decir, hijo Satán, qué embrollo se traen esos transformistas?

Sonrió el popular vástago del Todopoderoso.—Mira,

(9) Hechos, cap. II, vers. 46; cap. III, vers. 1; cap. X, vers. 9.—

(10) Mateo, cap. X, vers. 5-6.--(11) Hechos, cap. XXI, versículos 20-26.

papaín—le dijo—. Yo te informaré, y hasta pienso acusar delante de ti a esa tropa. ¿No es mi cometido único informarte, acusar y ejercer tus crueles voluntades? (12). Ya estoy harto de que se me atribuyan todas las malas acciones que tu omnipotencia sugiere...

—¡Que quiénes son, mecachis!—tronó exasperado el Omnisciente.

—Los Apóstoles de Ieschuah, mal llamado Jesús.

—¿Y quién es Jesús?

—El Cristo.

—¡Basta! ¿Qué galimatías es ese? La palabra Cristo ¿no significa "Untado con Aceite"?

—Cabalito. Y sus apóstoles, que no van untados con aceite, son...

—Pero, ¿qué oficio es ese de apóstol? Siempre alguna cosa para vivir sin trabajar.

Encogióse de hombros el ángel acusador.

—¿No conoces—habla—unas obritas que llevan el nombre griego de Evangelios? Son colecciones de historietas para chicos; pero muy divertidas. Suponen que tú, plagiando a bastantes colegas tuyos (13), tuviste un nene con una muchacha virginal. Hijo tan raro, que no profiere palabra si ella no consta en las Escrituras judías, ni da un paso como tal paso no se relacione con alguna monserga de los libros judaicos.

—¡Descabellado invento!—se pasma el Señor—.

(12) Job, cap. I, vers. 6 y sig.; Zacarías, cap. III, vers. I y siguiente.--(13) Véase en esta Biblioteca: "El cuento de las vírgenes que paren".

¿Qué persona de buen juicio creará hubo nunca hombre tan inverosímil?

—Pues como el año tiene doce meses y el hombre inverosímil es un dios solar, lleva consigo doce acompañantes. ¿Cultos? ¿Discretos? ¡Bah! ¿Qué le importa, con tal que sumen doce? “Eran hombres incultos e ignorantes.” (15). Peor aún: bodoques de solemnidad. Así, ninguno entiende las cosas que dice Jesús, aunque están al alcance del caletre de un parvulillo.

—¡Anómalo dios solar! ¿Para qué los quería junto a sí, tan ceporros?

—Para volver más absurdos los Evangelios. ¡Digo si son ceporros! Juzga. Les narra Jesús la fácil alegoría del sembrador, y ¡no se la entienden! Entonces, él replica enfadado: “¿No entendéis esta parábola? ¿Cómo, pues, entenderéis todas las demás?” (16). ¡Y siempre así! Los conceptos más diáfanos resultan jeroglíficos para las duras molleras apostólicas. Y cuenta que Jesús hablaba en particular con ellos sin alegrías, explicándoselo todo (17).

—Entonces, ¡apañados estaban si habían de difundir las ideas del Maestro! ¿Y dices que nunca dejaban de coger el rábano por las hojas?

—¡Nunca! Lee los Evangelios y trónchate de risa. Verbigracia, después de polemizar con los escribas y fariseos, Jesús dice a los apóstoles que se guarden de la levadura de aquéllos. ¿Y sabes por dónde se arran-

(15) Hechos, cap. IV, vers. 13.--(16) Marcos, cap. IV, vers. 1-13.--(17) Idem id., vers. 34.

can los del Apóstolado? Con un: “¡Esto lo dice porque no tomemos pan!” (18). ¡Son de órdago, papaíto! Escucha otro caso. Jesús les instruye de que al hombre lo contamina, no lo que le entra en la boca, sino lo que sale de ella. ¿No está clarísimo? Pues aún lo aclara con añadir: “Si el ciego guiare al ciego, ambos caerán en el hoyo.” ¿Hay algo ininteligible? Pues los apóstoles se quedan asperges. Y respondiendo Kefas, le dijo: “Decláranos esta parábola.” Con lo cual, justamente, se indigna Jesús y arguye: “¿También vosotros carecéis de entendimiento?” (19). ¡Te digo que ni buscados con candil se los halla más tarugos! Pero la culpa es del que los ha elegido...

No pudo continuar. Violentemente irrumpió en la estancia una tropa de judíos griegos. Los Apóstoles.

* * *

Por involuntario impulso, Jehová empuñó la «browning», que guardaba en uno de los cajones de su mesa.

—¿Cómo se entiende?—murmuró sobresaltado—. ¿Se entra en el Cielo por riñones?

—Evidente—replica uno de los invasores—. “Al reino de los Cielos se le hace fuerza, y los valientes lo arrebatan” (20). Si no es así, mintió Jesús.

Soltó Jehová la “browning”, calóse las gafas y quedósele mirando. —¿Conque también—exclamó al

(18) Mateo, cap. XVI, vers. 1-7.--(19) Id., cap. XV, vers. 16.--
(20) Id., cap. XI, vers. 12.

fin—se entra en el Cielo por masculinidad? ¡No lo sabía! Pero cuando Jesús lo dice... ¿Y qué os trae por acá?

—Sentarnos en los doce tronos consabidos.

—¡Imposible!—responde Jehová—. Sois diecisiete.

—Los diecisiete somos los doce apóstoles.

Jehová se tiró de la nariz, atónito. —¡Una docena de diecisiete unidades!

—Mira, Padre Eterno: no nos vengas con tiquismiquis de Matemáticas. Recuerda cómo tú eres uno siendo juntamente $1 + 1 + 1 = 3$. ¡Mayor anomalía!

Pegó un brinco el Omnipotente. —Pero, ¿dónde estoy?—se dijo con angustia—. ¿En mi Cielo o en un manicomio?

—Estás en el dogma cristiano—repuso el otro con adustez—. Y hablas con San Pedro.

Satán adelantó un paso: —¿Qué Pedro ni qué gaitas?—dice—. Tú eres Simón bar Jona, o hijo de Jonás. Posiblemente por duro de cascos dióte Jesús el apodo de “Piedra” *Kefas*, que hoy es Cefas en las Biblias (21). Llamarte Pedro porque te apodaron *Kefas* pareceme como si a Dios, por llamarse Jehová, le dijeran Caralampio.

—La Biblia declara que Jesús me “puso por nombre Pedro” (22).

—¡Bestial engañifa de traductores! Nada de Pe-

(21) Juan, cap. I, vers. 42.--(22) Por ejemplo, Marcos, capítulo III, vers. 16.

dro. Te apodó Kefas. Llámaste, pues, Simón, alias Kefas. Porque tienes alias, como los maleantes.

—¡Hermano!—díjole a Simón un mancebillo—, en siendo de Galilea, que nos llamen como quieran.

—¡Hola, San Andrés, apóstol número dos!—burloóse el ángel—. Torpes anduvieron los evangelistas al inventarte. Si eres hebreo, ¿cómo llevas el nombre griego de Andrés, ignorado en Galilea? Y si eres apóstol, ¿por qué no sirves de nada en los Evangelios? Sombra de una sombra, ¡hale, a aquel rincón!

—Considera que, junto con mi hermano, fuí elegido por Jesús.

—¿Cómo y dónde? Marcos y su imitador Mateo propalan que fué cuando echabais las redes en alta mar (23). Lucas, que fué cuando en la orilla lavábais las redes (24). Y Juan, que fué siendo Jesús y vosotros satélites del Bautista (25). Todos nacisteis camelos sin consistencia; pero tú más que ninguno. ¡Al rincón!

—¡Rayos y centellas!—intervino exasperado el tercer apóstol—. ¡Brr! ¿Yo camelo? ¿Yo, que he sido patrono de la Caballería española y tengo un botafumeiro en Galicia? ¡Brr! Soy Jacobo, hijo de Zabedías, vulgo Zebedeo. Si no te suena mi nombre, si me conocerás por el apodo que me ha dado la Iglesia. ¡Soy Santiago el Mayor, voto a cien escuadrones de húsares!

—Tan camelo eres—arguye el Fiscal—, que, salvo

(23) Marcos, cap. I, vers. 16; Mateo, cap. IV, versículo 18.—

(24) Lucas, cap. V, vers. 2.—(25) Juan, cap. I, vers. 35-42.

ser un egoistón presuntuoso, toda tu biografía se reduce a llamarte Jacobo, alias Santiago. Di, quimera: ¿Cómo os halla Jesús a ti y a tu hermanillo Juan? Pescando con Simón, en la navichuela de éste, según Lucas (26). Pescando con vuestro padre y en otra embarcación, según Marcos y su copista Mateo (27). Cuanto al último evangelista, ni siquiera menciona el episodio.

—Así, pues—saltó el barbilindo Juan—, ¿soy el camelo número cuatro?

—*Tu dixisti*—replicóle Satán—. A Jacobo, alias Santiago el Mayor, y a ti se os hizo hermanos por la antigua fábula de los Dióscuros o Gemelos Celestes, entrada en el judaísmo con los ángeles destructores de Sodoma y Gomorra (28). Como los Dióscuros eran belicosos, vuestros inventores os llamaron “Beni Reges”, “Hijos del Trueno”, merced a la tradicional asimilación del trueno al galope de los corceles cabalgados por los terribles Gemelos divinos. ¡Ah! Los traductores cometen el disparate inexpresivo de convertir el “Beni Reges” en “Boanerges” (29). ¿Os enteráis, tú, Santiago Matamoros; tú, Juanillo, neciamente considerado evangelista? Sois los vetustísimos Gemelos Celestes, que representa el signo zodiacal de Géminis.

Viendo achantarse, confusos, a los egoistones hijos

(26) Lucas, cap. V, vers. 10.--(27) Marcos, cap. I, vers. 19; Mateo, cap. IV, vers. 21.--(28) Génesis, cap. XVIII, vers. 2, y capítulo XIX, vers. 1 y sig.--(29) V. gr.: Marcos, cap. III, versículo 17.

del Zebedeo, el Acusador encaróse con otros del grupo:

—De ti, Felipe, quinto apóstol, mejor será que no hablemos. Tu nombre, desconocido en Galilea, descubre tu cuna griega. Ni pinchas ni cortas en los Evangelios. ¡Al rincón! Y tú lo mismo, sexto apóstol, ¿De gelios. ¡Al rincón! Y tú mismo, sexto apóstol. ¿De dónde sacan los curas llamarte Bartolomé? Fuiste inventado griego, según revela tu nombre: Bar Tolmay, adaptación hebrea disparatada de Bar Ptolemayos, o sea Hijo de Ptolomeo. ¿Tu nombre, dije? ¡Si ni aun se sabe cómo te llamas, intruso! ¡Hale, al rincón! Y aprende que en Israel todos llevaban un nombre propio, al cual nunca suplía la palabra “bar”, «hijo de...”

En esto se zafaron de la tropa dos individuos de fea catadura.

—¡Somos el séptimo apóstol!—afirmaron sin reírse.

—¿Dos que hacen uno?—dijo estupefacto Jehová—. Voy viendo por qué sois diecisiete los doce apóstoles. Veamos. ¿Qué nueva enredina denota el origen divino de los Evangelios?

—Consta—replicó uno de la pareja—que Jesús tenía sólo doce discípulos al trocarnos en apóstoles (30). Uno de ellos fui yo, el publicano Mateo, a quien muchas lenguas atribuyen caprichosamente la paternidad del segundo Evangelio.

Opúsose con violencia el otro: —¡Embuste! Fui yo, el publicano Leví, hijo de Alfeo.

(30) Mateo, cap. X, vers. 1.

—¡ Mentira! Lee a mi tocayo y verás cómo yo estaba “en el banco de los públicos tributos”; como Jesús me dijo “Sígueme”, le convidé a comer con otros publicanos, y... (31).

—¡ Farsa, farsa!—voceó Leví—. Lee los Evangelios de Marcos y Lucas (32). Mintió Mateo. Quien estaba “en el banco de los públicos tributos” era yo, Leví, hijo de Alfeo. Yo, el a quien Jesús dijo “Sígueme”. Yo, el que le tuvo a comer en su casa, con otros recaudadores del tributo romano...

Soltó la risa Jehová. —¡ Dichoso Espíritu Santo, y qué líos arma! ¿Qué dice ahí el cuarto Evangelio *revelado*?

El Acusador, riendo también, expuso: —La novelilla que le cuelgan a San Juan no conoce ni a Mateo ni a Leví. Sólo a Simón, Andrés, Felipe, Judas de Keriot, otro Judas, Juan y Tomás.

—¡ No importa!—chilló el publicano I—. Mi homónimo, y Marcos y Lucas me incluyen en el escalafón de apóstoles.

—¡ Te incluyen! Pero, ¿desde cuándo? ¿No son fruto los actuales Evangelios de mil amañes? Repara que se te hace discípulo y apóstol por el cuento del “Sígueme”. Pues, o no tienen sentido común los dos evangelistas que me lo atribuyen, o en sus Evangelios soy yo el publicano apóstol. Pero como a la Iglesia conviene ahijarte uno de los Evangelios...

Satán metió baza nuevamente:

(31) Mateo, cap. IX, vers. 9 y sig.--(32) Marcos, cap. II, versículo 14, y Lucas, cap. V, vers. 27.

—Tu desdicha es tremenda, ¡oh Leví, hijo de Alfeo! Porque incluso, desdichado, se te robó tu padre. Al suprimirte de la nómina de apóstoles, se le endosó tu padre a un desconocido Jacobo (33).

—¡Eh, eh, que yo no me meto con nadie!—protesta Jacobo en el grupo general—. Aquí se me ha metido y aquí me estoy. ¡Respeto para mi nulidad! Cumpló mi cometido de contribuir a que haya doce apóstoles y ni aun pregunto para qué servimos en los Evangelios, donde formamos una pandilla bastante antipática. ¿Que la Iglesia me conoce por el risible apodo de Santiago el Menor? ¡A mí, plim! ¿Que algunos zopencos me confunden con el Jacobo hermano de Jesús? ¡Recuerdos a la familia! Me voy, pues, al rincón, sin discusiones; y si Leví quiere llevarse a su papá, que se lo lleve. ¡Para lo que me sirve!

Y se fué junto a Andrés, Felipe y Bar Tolmay.

—¡Visto!—exclama Jehová tocando la campanilla—. Ordenaré al Dios Palomo que resuelva tan enorme lío. Si puede, que a lo mejor no puede.

—Yo, señores—dijo el octavo apóstol—me voy al rincón de los inútiles. Sólo sirvo para hacer bulto. Además, se me inventó griego de pies a cabeza, como denotan mi nombre de Tomás y mi apodo de Dídimo. Por cierto que o sobra el nombre, o sobra el apodo. Tomás y Dídimo significan “El Gemelo”.

—Aquí tienes, papaíto, al noveno apóstol—dijo el

(33) Marcos, cap. III, vers. 18; Mateo, cap. X, vers. 3; Lucas, capítulo VI, vers. 15.

Acusador, indicando a tres individuos que salían a los medios.

—*Lebeo*, noveno apóstol—dijo a guisa de presentación uno de los tres—. O miente San Mateo en el versículo tercero del capítulo X.

—*Tadeo*, noveno apóstol—declaró el segundo de la trínca—. O miente San Marcos en el versículo décimotercero del capítulo III.

—*Judas de Jacobo*, noveno apóstol—aseveró el número tres—. O miente San Lucas en el versículo decimosexto del capítulo VI.

Rascóse Jehová el divino occipucio. —¿No queda por ahí otro noveno?—dijo con inquietud.

—Papá, no te alarmes—expuso con zumba el Acusador—. La Iglesia resolvió ya este conflicto. ¿Cómo? Por el método del cura que decía comer en Cuaresma pescadillas de las llamadas pavos. La Iglesia elimina al pobre Judas de Jacobo, y dice: “*Lebeo*, por sobrenombre *Tadeo*.” (34).

—¡Carape!—se le escapó a Jehová—. ¡Si es un arreglo macanudo para mi galimatías de ser Trino y Uno! “*Jehová*, por sobrenombre *Jesucristo*”, “*Jehová*, también llamado *Volátil*”... Mira, *Judas de Jacobo*: mi celestial Sabiduría resuelve tu asunto. En lo sucesivo se dirá: “*Lebeo*, por sobrenombre *Tadeo*, y, a ratos, *Judas de Jacobo*.” ¿Eh? ¡No hay otro como yo para resolver cuestiones!

—¿Sí?—dijo Satán—. Pues, aprende, papaíto. Y aferrando por la mugrienta vestidura a un judío que

(34) *Mateo*, cap. X, vers. 3.

andaba ocultándose entre los otros, lo arrojó al espacio por una ventana.

—Este apóstol oneeno—reveló—vive disfrazado para esconder sus culpas execrables. Los traductores, por despistar, le llaman Simón el Cananeo. Con todo, sus delitos asoman al través de su verdadero apodo de “Celota” o “Celador” (35). Pertenece a una horrible secta de asesinos piadosos, los Kanaim (36), tan infames que tienen por cometido apuñalar a quien infringe la Ley judaica en su presencia...

—Ya, ya he oído que Jesucristo sólo se trataba con perdularios—comentó el Padre—. Bien, Satancillo: échame también de aquí a este otro pájaro.

—¡Que soy San Matías!—protestó el amenazado—. ¡Que suplo a Judas de Keriot!

—Por eso, por eso—comenta la celeste Sabiduría—. Si me hacéis cristiano, justo es que yo considere al buen Judas persona principalísima de los Evangelios. Sin él, no hay Pasión. Sin él, se van al cuerno las “profecías”. Sin él, ¡abur mi gusto de que me asesinen un hijo para desagraviarme! En fin, intruso, ¿ignoras que Jesús prometió a Judas un trono en el Cielo? ¿Quién eres tú para usurpárselo? ¡Ver-güenza debiera darte ser apóstol por un procedimien-to análogo al que distribuye los premios de la Lote-ría! (37). ¡Fuera de aquí, sombra inútil! ¡Y tú, mi

(35) Hechos, cap. I, vers. 13, y Lucas, cap. VI, vers. 15.--(36) Los Kanaim fundaban su existencia en “Números”, cap. XXV, versículos 7-12.--(37) Hechos, cap. I, vers. 25-26.

cómplice Judas, ven a mi diestra! ¡Por ti es posible a los cristianos delirar hablando de la Redención!

—Bueno, bueno—replica Judas, mientras Satán arroja por una ventana al que fué hecho apóstol “mediante suertes”—. Pero haz que los cristianos entiendan el desatino de llamarme Iscariote. “*Ich Keriot*” quiere decir “hombre de Keriot”. Por tanto, Iscariote, aunque lo diga el Espíritu Santo, es un desatino como una loma.

* * *

Sentóse Judas a la diestra del Padre de tantos hijos, y entonces demandó al Todopoderoso:—¿Comparcieron ya todos los diecisiete doce Apóstoles?

Se adelantó una como figura de hombre, hecha con rollos de cartas escritas en pergamino.

—De toda esta gente—dijo—, soy el único admisible en el Cielo. Soy el único que creyó en Jesús. El único que no tuvo agapeta.

—Porque se las ingeniaba para pasarse sin mujer—murmuró Kefas.

Intervino Satán:—Pero tú, Pablo, apóstol de complemento, dicho también apóstol número XIII, ni asomas en los Evangelios, ni conociste a Jesús, ni hablas de su milagrismo profesional, ni mencionas las doctrinas morales del Mito de Galilea. Eres sólo una fábrica de palabrería teológica.

Simón, atento siempre a su querella con Pablo, saltó colérico:—Te pasas de benigno, Satán. Pablo tiró

patas arriba el nacionalismo hebraico de Jesús con suponerse apóstol de los gentiles. Pero no se le puede creer nada. Blasona de mentiroso e hipócrita redomado (38). Y con igual desenvoltura se finge ciudadano romano, que se presenta de viaje continuo en tiempos donde cada viaje, por caro y difícil, constituía pavoroso problema.

—¡Para hipócrita, tú, Simón, hoy Pedro!—repuso agriamente Pablo—. Recuerda tu vivir escandaloso de Antioquía, donde imitabas en todo a los gentiles. ¿O es que no te riñó Jacobo, el hermano de Jesús? ¿No te hube de regañar también? (39).

—Pero nunca me declaré hipócrita y embustero, como tú hiciste.

—¡Enmudece, perverso!—redarguyó el grafómano—. Jesús, que conocía tu lamentable condición ética—te llamaba Satanás—, predijo que le negarías tres veces. Y no ya le negaste, Santo de pega, sino que tu falsedad culminó en el perjurio. Recuerda lo del Evangelio: “Y él comenzó a maldecir y a jurar:—No conozco a este hombre de que me habláis.” (40). *Este hombre* ¡era Jesucristo! Y aún hay quien se atreve a hacer de ti un mártir!

—¡Nosotros no renegamos como Kefas!—gritan los demás.

—¿Vosotros?—habla el ángel Acusador—. ¡Callad, Santos Codorniú! Dándoseos una higa del “Untado con Aceite” y sus angustias, en Getsemaní ron-

38) 1.^a Corintios, cap. IX, vers. 20-22.--(39) Gálatas, cap. II, vers. 11 y sig.--(40) Marcos, cap. XIV, vers. 71.

cáis a pierna suelta. Y volvéis a dormiros zafiamente, aunque Jesús acrimina al hoy San Pedro: “Simón, ¿duermes! ¿No has podido velar una hora?” (41). Egoístones, ¡así se explica dejéis ahora en las nubes a vuestras concubinas! Porque, ¿qué hicisteis cuando se prendió a Ieschuah? “Entonces, dejándole todos sus discípulos, huyeron” (42). Huís, cobardes. Huís, egoístas. Y ni uno, ni uno siquiera—o mienten Marcos, Mateo y Lucas—asoma por el Calvario al inventar los evangelistas la paparrucha de una crucifixión en Palestina. ¿Con qué cara, por ende, presumís de Santos? ¡Hale, hale, a dormir con vuestras agapetas, egoístas hipocritones!

—¿Egoístas?—protestó Simón—. ¿No renunciamos a trabajar en cuanto Jesús nos lo dijo?

—Pero — le atajó Satán—, ¿acaso disimulábais vuestro sucio materialismo? Recuerdo cuando oís a Jesús: “¡Cuán difícilmente entrarán los ricos en el reino de los cielos!” ¿Qué actitud es la vuestra? “Los discípulos se espantaron de estas palabras.” He ahí un espanto acusador, ruines. Tan acusa vuestra ruindad materialista, que Jesús insiste: “Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja”, etc. Y aquí, aquí ya os mostráis en el esplendor de vuestra codicia: “Y ellos se espantaban más, diciendo para sí: ¿Y quién podrá salvarse?” (43).

”Quitaos, pues—siguió—, la careta santurrona. Aquí se os conoce. Sabemos que, rebosando en vani-

(41) Marcos, cap. XIV, vers. 37-41.--(42) Id., cap. XIV, versículo 50.--(43) Id., cap. X, vers. 23-26.

dad, os peleasteis por quién de vosotros “había de ser el mayor”, para, muy luego, afrontar con mutismo hipócrita las preguntas de Jesús cuanto a la riña (44). Sabemos que otro día, creciendo en cinismo, pretendísteis os descubriera Jesús quién de vosotros sería mayor en el reino de los cielos. Desfachatez vanidosa, que motivó la dura réplica de Jesús: «Si no cambiáis volviéndoos como niños, no entraréis en el reino de los Cielos» (45).

“Y no cambiáis. Tanta es vuestra vanidad ambiciosa, que tú, Santiago Matamoros, y tú, su hermanillo Juan, pretendéis de Jesús que se siente en la gloria entre ambos. Lo cual hace que estotros apóstoles, rezumando envidia, se indignen con los dos (46). ¡Buenos, buenos estáis todos, señores del Apostolado!

Jehová, compadecido, rompió en aplausos.

—Todo—murmuró Kefas, ceñudo—por este trapalón de Pablo, que dice haber subido en vida al tercer cielo (47). Pues yo arguyo ante Pablo, comisionista en escamas para los ojos (48), que seguimos a Jesús, y que de ser egoístas...

Atajóle Saulo-Paulo-Pablo: —¡Calla, cínico, que bien supiste presentarle a Jesús la cuenta! No niegues. Tú, tú mismo le dijiste: “Lo hemos dejado todo y te hemos seguido. ¿Cuál será nuestra recompensa?

—Sí—confirma el Acusador—. Y Jesús se halla

(44) Marcos, cap. IX, vers. 33-34.--(45) Mateo, cap. XVIII, versículos 1-3.--(46) Id., cap. XX, vers. 20-24.--(47) 2.^a Corintios, cap. XII, vers. 2.--(48) Hechos, cap. IX, vers. 18.

forzado a mentir, para reteneros por la avaricia: “Cualquiera que por mi nombre deje *casa*, o hermano, hermanas, padre, madre, *mujer*, hijos o *tierras*, RECIBIRA CIEN VECES TANTO ” (49). ¡Tiene que echar por delante lo de las cien casas y dejaros en la boca el dulzor de las cien tierras! ¡Y prometeros cien mujeres a cada uno! ¡Y disimular todo esto, tan triste, con el disparatón de daros cien padres a cada uno! ¡La órdiga, hijos de los cien padres!

—Conste, pues—deduce triunfante Pablo, Paulo, Saulo—, que en lo moral soy yo el menos birria de los apóstoles. ¿Será porque no anduve con Jesús, ni escuché sus predicaciones, ni asistí a sus milagros?

—Lo que te digo, Pablo de Tarso—redarguyó Satán—, es que tú, con tus embrolladas y lateras teológicas, fuiste la ficción creadora del cristianismo y de su bastardo el catolicismo. Tú, por ser embeleco máximo en la Mitología cristiana, eres uno de los mayores enemigos del linaje humano. Así, pues—con permiso de papá—, ¡fuera de aquí, fariseo embusterrón! ¡Largo, y no vuelvas hasta que averigües el día de tu muerte!

—¡Sí, sí; échale! No necesitaba tener una *agapeta*! —clamoreó el invisible coro femenino, mientras Satán, apoderándose del insigne Camelo epistolatazo, intentaba expulsarle.

Jehová contuvo a su hijo. —¡Aguarda! Ya estoy harto de oír palabrotas griegas; ¡Cristo, Evangelios,

(49) Mateo, cap. XIX, vers. 27-29.

agapetas! ¡Que me explique este hombre qué uso hacían los apóstoles de las agapetas!

El calvo y patituerto apóstol de Santa Tecla no se hizo de rogar: —Procuraré cumplir, simpático Sábelotodo, sin que tengas que ruborizarte.

* * *

—Tú sabes—dijo—que a Jesús no le gustaban las mujeres (50). Y a mí tampoco, a pesar del lío que me armó Santa Tecla con su embuste de haber vivido conmigo disfrazada de hombre. Bien; pasemos. No extrañarás, pues, que Jesús pidiese a los discípulos suyos el abandono y aborrecimiento de sus mujeres legítimas (51). Sólo uno de ellos era casado: Simón Kefas (52).

—Por cierto—expone aquí el Acusador—que el ahora San Pedro, personaje magno de una religión que declara indisoluble el matrimonio, no tuvo inconveniente en abandonar a su esposa y consentir que se mantuviera como pudiese.

—Aquel celibato—continuó el “apóstol de propina”—produjo en los efebos y mozancones del apostolado sus naturales resultas. Dígalo, si no, la expresiva sugerencia de que se cortaran la mano pecadora... (53).

”Después—agregó—asesinaron los evangelistas a

(50) Véase nuestro “Jesucristo, homosexual”.--(51) Lucas, capítulo XIV, vers. 26.--(52) Mateo, cap. VIII, vers. 14.--(53) Marcos, cap. IX, vers. 42-43.

Jesús; continuaron otros noveladores la historieta; hubo "Hechos de los Apóstoles" y chaparrón de cartas mías y no mías; en fin, lo que se ha llamado con exactitud "Alfalfa espiritual para los borregos de Cristo". Lógicamente, a nuevos autores, nuevas costumbres. Y, pues, no en balde habían corrido las centurias, pareció mal que hombres hechos y derechos, fabricantes de milagros al por mayor, siguiesen remediando sus necesidades sexuales con substitutivos anómalos. Se forzó, pues, a los apóstoles a reunirse en Concilio, y allí resumieron en estas tres bases—de pura ortodoxia judía—las obligaciones de todo buen cristiano:

"1.^a Abstenerse de cosas sacrificadas a los ídolos.--2.^a Abstenerse de la sangre y carne de los animales asfixiados, y, 3.^a Abstenerse de fornicación (coito con mujeres paganas). Si os guardáis de esto--dijo el Espíritu Santo a los cristianos--, obráis bien." (54)

«Más, ¿cómo se abstendrían de fornicar los apóstoles si la nueva literatura religiosa los zarandeaba de un lado para otro en difíciles, carísimos y absurdos viajes? ¡Bah! Con buen deseo todo se apaña. ¿Qué les había prohibido Jesús? Que viviesen con mujer propia. Luego, con no casarse y tomar una concubina, se acabó el conflicto. Item, con que fuese cristiana la concubina, orillado también lo de no fornicar.

—Dile a Dios—repuso el ángel—que ya Jesús los había predispuesto al concubinato. El día que prohibió repudiar por simple antojo a la mujer, los apóstoles, alborotados porque se pusiera tal freno al de-

(54) Hechos, cap. XV, vers. 29.

leite de la renovación femenina, prorrumpieron en un “Si es así, no conviene casarse” (55). O más claro: Si es así, hácese preferible tener concubina.

Hizo Pablo además de aquiescencia y continuó:

—La cosa resultaba fácil. Entre judíos—y no digamos en Grecia y Roma—corría el concubinato como costumbre intachable. Rememorad las concubinas de los patriarcas, de David, Salomón y otros bisabuelos del Cristo. Agregad que los primeros cristianos—“lo más vil y despreciable del mundo” (56)—se reclutaban sobre todo entre esclavos, a quienes la ley romana sólo consentía el concubinato por forma legal de nupcias. Y como los apóstoles tampoco brillaban por su exquisitez moral y material—ni aun aseados eran (57)—, todo les hacía factivo agenciarse concubinas cristianas en sus Iglesias.

”Hoy, por tiranía del negocio, la voz Iglesia tiene pomposidad extraordinaria. Pero, en los albores del cristianismo, cuando se me inventó a mí y se pergeñaron los “Hechos de los Apóstoles”, la voz Iglesia, tomada del griego, valía exclusivamente “Asamblea”. Unos pocos individuos, y ya se tenía una de las Iglesias a que se dirigen estrepitosamente algunas de las logomaquías epistolares que llevan mi nombre.

”Al anochecer, y en casa de uno de los adeptos, se reunían los “hermanos” y “hermanas”. Dábanse “el beso de amor” (58) y se ponían a la mesa, presi-

(55) Mateo, cap. XIX, vers. 9-10.--(56) 1.^a Corintios, cap. I, versículo 28.--(57) Marcos, cap. VII, vers. 1-5; Mateo, cap. XV, versículo 2.--(58) 1.^a Pedro, cap. V, vers. 14.

didos por un anciano (*presbyteros*). Troceaba éste el pan, bendecía el cáliz del vino, dábalo a los demás, venía luego breve oración y después...

—Después—rió Satán—las malas lenguas os ponían verdes. “Los cristianos—dice Minucio Félix—eligen sus prosélitos en la hez del pueblo y entre mujeres simples... Forma la lujuria parte de su religión, y, por lo común, se denominan hermanos y hermanas para transformar en incesto un comunísimo desahogo. Pensaríase que tales desdichados se regodean en lo delictivo... Tras la comida, y apagadas las antorchas, revuélvense al tuntún, y así resultan incestuosos *in mente*, si no es que lo son todos por manera efectiva, pues el pecado de uno es el mismo que desean los demás.” (59).

Pablo se encogió de hombros:

—Debe disculpárseles—abogó—. Jesucristo, abusando de la ignorancia común, aseguraba, muy serio, que aquella generación presenciaria el fin del mundo (60). ¿No es natural que los “hermanos” y “hermanas”, hez del pueblo, quisieran aprovechar bien las horas? Pero, en fin, ¿habrá quien niegue ser ínfima la moral de las primeras cristianas? Apreciándolo así, para que los apóstoles no fornicaran ni acudieran a substitutivos feos, los continuadores de la novelaría evangélica dieran a cada uno una concubina.

(59) “Octavio”, VIII y IX.—(60) Marcos, cap. XIII, vers. 30; Mateo, cap. XXIV, vers. 34, etc. Las supuestas epístolas de San Pablo, propalan copiosamente la patraña.

—¿De las a quienes decían hermanas?—clamó Jehová, llevándose las celestiales manos a la celestial cabeza—. ¡Pues ahí tenéis el incesto voluntario de que hablaba Minucio Félix!

—Lo extraño—dijo el Acusador—es que no les asignasen las noventa y nueve más a que tenían derecho, según el evangelista San Mateo. Porque la promesa de Jesús—o miente San Marcos, en el versículo 30 del capítulo X—había de cumplirse “ahora, en este tiempo”; es decir, en la tierra.

—¡Pero un incesto espiritual... un incesto!—siguió refunfuñando el Altísimo—. ¿Qué dirá la Iglesia, que hoy trafica tan ampliamente con los impedimentos matrimoniales de índole espiritual?

—Piense como piense—replicó Satán—, son indiscutibles los incestos espirituales de los apóstoles. Papá Dios, lee los versículos primero al quinto de la primera epístola a los Corintios, cap. IX. Allí dice San Pablo: “¿No soy apóstol? ¿No tenemos potestad de traer también con nosotros una *hermana* MUJER, como los otros apóstoles, y los hermanos del Señor, y Kefas?” ¡Todos los apóstoles, pues, llevaban consigo una manceba!

—Menos yo—protesta Pablo.

—¿Tú?—salta Kefas, hoy San Pedro—. ¿Y desde cuándo? ¿Porque tuviste asimismo concubinas, según se confiesa en tu epístola a los filipenses, capítulo IV, vers. 3. Lo que pasa es que eres hipócrita. Y hablas según te conviene. Pero, ¿qué individuos son esas que “trabajaron juntamente contigo en el

Evangelio?" ; Agapetas, iguales a las que *trabajaban* con nosotros en lo mismo! ; Agapetas, como las que debían costearnos las Comunidades cristianas adonde íbamos! (61).

—Pero, ¡con mil diablos!—tronó Jehová—. ¿Qué significa ese nombre de *agapetas*? Porque, a las veces, por el hilo se saca el ovillo...

—Tienes razón, papá—dijo el ángel—. ¡Sí que se saca el ovillo! Fíjate. Agapeta vale por "Bienamada", por "Queridita".

—¡Acabáramos!—rió Jehová—. ¡Las agapetas son las *queriditas* de los santos apóstoles! ; Ahora me explico por qué los eclesiásticos han tenido siempre agapetas después! ; Claro! ; Imitaban a los santos apóstoles! ; Y aun se ponían de acuerdo con la tesis de San Pablo, que sólo admite el matrimonio "para impedir las fornicaciones" (62).

—¡Tenemos disculpa!—musitó Kefas, con la vista por el suelo—. Carecíamos de mujer propia. (Yo, el único apóstol casado, abandoné a la mía y no volví a acordarme de ella.) Necesitábamos satisfacer los apetitos de la carne sin la cooperación de mujeres paganas...

—Pero—adujo el Acusador—introdujisteis en la Iglesia una inmoralidad inicua, contra la que luchan en vano los Concilios desde aquel que el año 309 se reunió en Elvira y que en su canon 27 prohíbe las agapetas. ¿Qué se ha conseguido, tras tantas conde-

(61) 1.^a Corintios, cap. IX, vers. 4, 5, 7-9.--(62) Id., cap. VII, versículo 2.

naciones de los Concilios? Que hoy se llame “amas” a las agapetas del clero católico.

—Sí, apóstoles—prosiguió—. Creásteis una de las mayores immoralidades de la Iglesia. Y no podéis usar de subterfugios. San Jerónimo escribe: “No puedo explicar sin sonrojo (tan lamentable es ello, aunque ciertamente sea muy verdad) cómo se introdujo en la Iglesia la plaga de las mujeres agapetas, que, a cubierto de un nombre postizo y sin estar casadas, hacen las veces de esposas. O, con mayor verdad, el tener concubinas de nueva índole, y aun cortesanas que se prostituyen a un hombre solo” (63). ¡Culpables, por vosotros sigue habiendo en la Iglesia mujeres “subintroductas”! ¡El concubinato se ha vuelto institución católica indestructible! ¡Y queréis hospedaros en el Cielo? ¡Fuera de aquí!

Pablo hizo una reverencia a Jehová.

—Señor y señores: pues que yo mismo me nombré apóstol y no tengo complicidad ninguna en la vida y milagros de Jesús, ¡a mi tintero me vuelvo! Si alguien averigua el año en que nací y el de mi muerte; si alguna vez aparece un testimonio histórico de mi existencia real, vendré por aquí a que me pongan un trono junto a los doce de estos amancebados. He dicho. Buenas tardes.

Y se deshizo, trocado en un arroyo de tinta negra.

* * *

(63) “De Custodia virginifatis, pág. 327, Ed. V. Marianus.

Kefas, sonriendo complacido, habló al Omnipotente:

—Bueno; supongo que tu indignación por nuestro incesto espiritual es cosa de chunga. Porque tu amigo, el primer patriarca, era hermanastro de su mujer Sara y maldito si te preocupó ello.

El Acusador le salió al paso:

—Mirad, Apóstoles: mi papaíto, ciertamente, no se esmeró mucho en asuntos de ética sexual. Todo eso que ahora sirve a la Iglesia para sus negocios, le tuvo siempre sin cuidado. Pero mientras que, con agravio de la verdad, se le haga responsable del nacimiento, aventuras y muerte de *Jesús el Untado con Aceite*, Papá tiene que ser muy severo con los amigos y seguidores de Jesús. Por egoístas, hipócritas, vanidosos y hasta desaseados, necesita prohibiros que entréis en el Cielo, en este único Cielo, que es cosa de los judíos, aunque audazmente os lo apropiéis los cristianos.

“Pero—siguió—aún hay razones más graves. La mayor es que sois unos personajes literarios de malísimo pergeño, ficciones sin pies ni cabeza. La segunda, es que habrían de entrar aquí con vosotros las que San Jerónimo denomina “cortesanas”, y ya sabéis que la leyenda nos metió aquí, de golpe y porrazo, a Santa Ursula y sus once mil vírgenes, todas las cuales se escandalizarían viendo la catadura moral de vuestras barraganas. Y la tercera...

“Tú, Simón Kefas—continúa—, saldrás diciendo que “Jesús Nazareno era UN HOMBRE acreditado entre vosotros por Dios con los milagros, prodigios y

señales que obró el Señor por intermedio de él (64); pero ninguno, ninguno, creísteis en los milagros y en el mesianismo de Jesús. ¡Ahí están los Evangelios!

—Repara—observa Kefas—que hacer milagros estaba entonces al alcance de cualquier embaucador (65).

—Pero, ¿y los milagros en que interveníais vosotros?—responde el Acusador—. Lleváis a Jesús cinco panes y dos peces. Jesús hace que los doce—sin duda multiplicándoos—sirváis de comer con aquéllo a ¡cinco mil personas! Comen, se hartan, recogéis de sobras doce cestas de panes y peces, y... ¡resulta que ni os habéis enterado! “No habían puesto atención al milagro porque sus corazones estaban endurecidos todavía” (66).

“Y endurecidos continuaron. Poco antes de la falsedad histórica de la crucifixión, el chusco Felipe solicita que Jesús os convenza mostrándoos a Dios Padre (67). Pero Jesús—¿cómo no?—se reduce a soltar copiosa palabrería. Y por su verborrea, no por los milagros anteriores, logra convenceros de que “ha salido de Dios”. Mas tan a lo tardío, que Jesús exclama: “¡Ahora creéis!” (68). Y no creéis, no. Resucita, se os presenta, y le tomáis ¡por un espíritu! Os habla, e ídem. Hace que le palpéis, y lo mismo. Al cabo, molesto por vuestra incredulidad, y olvidándose de que los resucitados no comen, se aplica a

(64) Hechos, cap. II, vers. 22.--(65) Mateo, cap. XXIV, versículo 24.--(66) Marcos, cap. VI, vers. 34-52.--(67) Juan, capítulo XIV, vers. 8.--(68) Id., cap. XVI, vers. 31.

manducar para convencerlos de que es él... (69).
¡Apóstoles! ¡Sois los primeros que dudaron de Jesucristo! ¡Los primeros en encogerse de hombros ante sus viejos milagros! ¡Hale, largo de aquí! Si sois judíos, como decís, a los judíos sólo ha de juzgarlos Jehová. Y si cristianos y católicos, sabed que vuestro Jesucristo es un personaje de novela, tan mal perfilado como vosotros... ¡Fuera, fuera!...

Y los echó a empellones, con sus agapetas, en tanto Jehová sonreía con afecto al hijo que siempre reconoció por suyo.

Augusta Vivera

(69) Lucas, cap. XXIV, vers. 24-43.

AVISO A LOS LECTORES

Por causas ajenas a nuestra voluntad, nos abstendremos de publicar el número correspondiente de LA NOVELA PROLETARIA. Lo sustituimos con la

"Tiranía Vigilante"

del heróico FERMIN GALAN.

Confiamos en que sea corta esta interrupción de relaciones entre la NOVELA PROLETARIA y sus lectores. Mientras dure, continuaremos publicando HOMBRÉS E IDEAS con producciones de positiva importancia.

Arrecia la campaña clerical contra la BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS. Sabemos que una Sociedad distribuidora de publicaciones, organizada con dinero de los conventos para combatir a las publicaciones de izquierda, conmina a los kiosqueros con la amenaza de retirarles sus publicaciones si continúan recibiendo la BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS.

Esto es posible por falta de una unión entre las publicaciones de izquierda, y sobre todo por el clericalismo latente en casi todos los diarios que se llaman republicanos.

Rogamos, pues, a nuestros amigos que cuando adviertan que su kiosquero deja de recibir la BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS se dirijan directamente a nuestra administración, y nos ayuden indicándonos el nombre de una persona anticlerical que pueda desempeñar la corresponsalía.

Nos congratula pensar que esta artera persecución clerical proviene del éxito formidable de la BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS, que seguirá creciendo y mejorándose.

Ayuntamiento de Madrid

LA BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS

lleva publicados los siguientes cuadernos, de muy esmerada presentación: preciosas portadas de ARGÜELLO y magnífico papel:

Número 1: Jesucristo mala persona.--Las alegres abuelas de Jesucristo (denunciada).--3: La absurda virginidad de María (denunciada).--4: ¡Eso de las hostias!--5: La farsa de Cristo Rey.--6: Los chirimbolos del altar.--7: La ignorancia de Jesucristo.--8: ¡Vaya un Cielo el de la Biblia!--9: Jesucristo santifica el matrimonio civil.--10: El pobre Diablo en ridículo.--11: Origen nefando de los conventos (denunciada).--12: Dios Padre, pedrusco.--13: Cristo no fué cristiano.--14: El Sacramento Vaginal.--15: Jesucristo homosexual (denunciada).--16: El santo revoltillo de la Misa.--17: Adán, Eva y

Compañía.--18: 3 decálogos por 10 = 30 mandamientos.--19: Pilato echa las muelas.--20: El cuento de las vígenes que paren. 21: Magos, pastores y otros belenes.--22: El Papa que parió.--23: Los Apóstoles y sus concubinas.

Cada cuaderno estudia, en forma amenísima y con gran copia de argumentos, un aspecto de la Mitología y el dogma cristiano.

SU AUTOR ES AUGUSTO VIVERO
tan especializado en estos asuntos.

Precio de cada cuaderno VEINTICINCO CENTIMOS

Ayuntamiento de Madrid
Los 23 números a reembolso, 4,05 pesetas

¡SENSACIONAL!

Muy en breve

CARTAS
REVOLUCIONA-
RIAS DE FERMIN
GALAN

Folleto que está llamado a tener una resonancia enorme en la vida de la República.

EJEMPLAR 25 CTS.